

Extracto

PRÓLOGO BIOGRAFÍA GONZALO VIAL CORREA

La presente biografía tiene entre sus méritos que nos acerca al personaje, el historiador Gonzalo Vial Correa, mostrándolo de manera vívida en su excepcional talla humana, intelectual y de hombre público. No en vano sus tres experimentados autores son cercanos suyos de primer grado: una hija, una hermana, un discípulo. Dicho mérito se desdobra, por su parte, en otra cualidad que enseñan también estas páginas, y que se dibuja muy naturalmente, sin un determinado propósito sentimental o ideológico: muestran a la persona sobre la que versa esta biografía, desaparecida hace ahora trece años, en esas dimensiones –la humana, la intelectual y la de hombre público- de un modo tal que nos hace sentir fuertemente el cambio producido en nuestra sociedad en el lapso que va de su muerte a hoy, sea por la cada vez más significativa y penosa ausencia de hombres como Vial, sea por la impresionante verificación de sus ajustadas previsiones acerca de la realidad chilena, causas y consecuencias incluidas.

Parte esencial en la vida del biografiado, como resulta bien sabido, es la educación, preocupación de tanta relevancia para él que a nadie puede extrañar haya un día asumido como ministro de Estado en el ramo.

Se aprecia en este sentido, como un valor de la obra, que el relato de los primeros años de vida y de formación -en donde inciden, como se verá, cuestiones de trascendencia para toda la vida de nuestro personaje- arribe muy luego al capítulo que nos relata su vida familiar, asentada en Lo Barnechea (Camino Las Rosas, Parcela 17). Aquí, el relato de episodios de sabor muy íntimo, que

contribuyen a describir a la persona en toda su riqueza humana, tal cual ella fue, releva el protagonismo y la palabra a su esposa, María Luisa Vial Cox, “la Lucha Vial” –a quien los autores dedican esta biografía de su marido- que lo sobrevivió diez años...

(...)

Antes de subrayar diversas materias que estuvieron en el centro de las preocupaciones suyas por Chile, y que motivaron su incesante actividad a lo largo de 79 años, y a fin de saber medir el significado y alcance de su misión, conviene detenerse en algunos aspectos esenciales de lo acontecido en su tiempo en la vida intelectual del país y de Latinoamérica. A Gonzalo Vial, como presencia personal actuante en la sociedad chilena y como historiador que ejercita la parresia, no puede comprenderse bien sin ese trasfondo. Son casi ocho décadas las que abarca su vida, periodo de vertiginosos cambios y fuertes convulsiones, que va de 1930 al todavía cercano 2009.

Vial, un historiador moderno

¿Cuál es el mundo con que se encuentra este joven adolescente, hijo de don Wenceslao Vial y doña Anita Correa –agricultores, si bien él sobre todo amante de la filosofía- cuando en los años treinta ingresa al colegio de los Sagrados Corazones, en la avenida Alameda? En Europa está en curso la Guerra Civil española que dejará un millón de muertos, y va tomando cuerpo una segunda guerra mundial, que sigue a otra tan importante como ésta –concluida tan sólo una

década antes y poco más- con un saldo total, entre las dos, de 88 millones de muertos. En Chile tiene lugar en 1938 el triunfo del Frente Popular con la elección del radical Pedro Aguirre Cerda como Presidente de la República. En Lovaina, Bélgica, Alberto Hurtado Cruchaga obtiene su doctorado en pedagogía y emprende regreso a Chile, donde le aguardan diecisiete años de intenso trabajo con la juventud universitaria y los pobres.

De ancestros católicos y conservadores –como el mismo Hurtado- brillando en él ya desde muy joven la vocación humanista, Gonzalo Vial enlaza prontamente con el historiador Jaime Eyzaguirre, cronista y defensor de la “evangelización constituyente” en la historia patria, concepto que usarán las Conferencias de Puebla y Santo Domingo al referirse a nuestros primeros tres siglos de mestizaje en la sangre y en el espíritu. Don Jaime pasa a ser de por vida su maestro y modelo, y respecto a él se reproducen en este libro palabras que ponen a luz la gran admiración, identificación y agradecimiento del discípulo. De forma reveladora para lo que queremos decir, este discípulo debe, sin embargo, y muy luego, sobreponerse con fuerza e independencia de espíritu a una primera moción de su maestro, quien no puede comprender que sea Derecho y no Historia su opción como carrera universitaria. Vial protesta que para mirar y entender la historia necesita de la contingencia y no esencialmente de las bibliotecas. A la luz de la fecunda obra que enseña su vida, esta porfiada intuición se demostrará completamente válida y hasta providencial.

Su camino en el estudio del derecho estará influido por la obra del mentor, de modo que los primeros intereses de este aspirante a la abogacía y novel historiador se inclinan hacia el derecho hispánico medieval. Su memoria de título para optar al grado de licenciado en Derecho en la Universidad Católica de Chile,

evidencia una elección donde trasparece su vocación por la cuestión social, heredada del mismo Eyzaguirre, pero que toma cuerpo propio en él: “El africano en el Reino de Chile”, es el nombre que da a su estudio sobre la esclavitud africana en el país entre los siglos XVI y XVIII. Un tema que consueña, se puede decir, con lo que proclama San Pablo a los cristianos de Galacia (2, 10) y que será un leitmotiv en la vida que Gonzalo Vial tendrá por delante: *no hay que olvidar a los pobres*.

Pero, más allá de esa *communio discipuli* y del genuino reflejo de la tradición como valor criteriológico, en su vida y en su obra, Vial no quiere ser un “tradicionalista”. Tendrá así que realizar, con el advenir del tiempo, otra opción, que le valdrá una vez más no ser arropado por el maestro, a cuyo parecer es todavía insuficiente lo que se ha investigado del pasado indiano y colonial. Gonzalo Vial quiere, por el contrario, centrar su atención y trabajo en la historia chilena contemporánea. A la postre, será en aquella que desborda en 1970. Desentrañar los elementos de la crisis de la modernidad en Chile, sus inmensos desafíos, las consecuencias que se avizoran de las decisiones buenas así como de los errores en que se incurrió, discurrir críticamente sobre cómo responder y salir adelante.

(...)

“Los pobres no pueden esperar”

La contundente y recordada proclama hecha por el Papa de la Conferencia de Puebla en su visita, de abril 1987 a la sede de la CEPAL en Santiago, actualiza,

en el contexto que será el propio de las luchas de Gonzalo Vial, la épica batalla librada por Alberto Hurtado entre 1935 y 1952, cuando fallece. No fue en vano el sacrificio del santo jesuita chileno, que pudo haber fructificado antes y a nivel nacional, a diez años de su muerte, cuando su obra sufrió los embates culturales de la crisis de los sesenta y de lo que habría de seguir. La sonora proclama del gran pontífice polaco, nacido y forjado en el núcleo dramático de la modernidad, formulada en el contexto de riquísimos discursos pronunciados durante seis inolvidables días a lo largo de toda nuestra geografía -mal que pesara a quienes se preparaban para un Chile entregado a un liberalismo “autofágico”- dio, reiteramos, renovado vigor al mensaje de Hurtado. Su beatificación por Juan Pablo II en 1994 y su canonización por Benedicto XVI en el 2005, no podían hablar más claro.

Casi todos los escritos de Gonzalo Vial Correa sobre la cosa pública en Chile que aquí se reproducen, se ubican en los diez últimos años de su vida, tiempo que corresponde –según se desprende de sus mismas reflexiones- al mayor *auge de riqueza*, coincidente, paradójicamente, con el mayor *auge de pobreza* jamás habidos en Chile, entendidas cada una –*riqueza y pobreza*- en un intrincado cruce de paradigmas materiales y espirituales. Tales textos son, en su conjunto, observamos, una verdadera *summa* del autor respecto a dicha paradoja y sus múltiples derivaciones, temas del cual nadie, ni siquiera la jerarquía de la Iglesia católica, trato con equivalente celo. Tiene aquí brillante cumplimiento aquella opción interior, fraguada en su juventud, que lo moviera en dirección a la exégesis de nuestro tiempo. Hay asimismo un empalme misterioso, poco comentado y que sólo se descubre si se mira el tejido de la Providencia, con el previo e histórico impulso de Alberto Hurtado.

El índice temático ahorra la tarea de abocarse a una síntesis de los pensamientos de Vial que se reproducen en estas páginas. Una tarea que superaría el espacio y propósito de este Prólogo. Conviene así, preferiblemente, destacar sólo algunos nudos de la apretada y rica urdimbre, hecha dijimos de *riqueza* y *pobreza*, que aquí se analizan, cuyo norte cabe bien resumir en este aserto: “No es poder, ni riqueza, ni ciencia lo que le falta a nuestra civilización, sino vitalidad espiritual, que es un problema de comunión con la divinidad y con los hombres”.¹ Tales palabras, que identifican perfectamente el propósito existencial del biografiado –como se comprueba en tantos párrafos de este mismo libro- no es literal suya, mas por ello mismo nos alumbra quizá mejor el sentido misterioso y profundo de este camino, de dónde él viene y a dónde él va.

(...)

¿Qué mundo, en efecto, “contempla” Gonzalo Vial en las páginas de este libro, sin ningún “alma dormida”, sino “viva y despierta”, como apela Jorge Manrique en sus famosas coplas, y como a cada paso nos apela él a tenerla nosotros?

Pasando de una instancia a otra, lo apreciamos con Vial a través de su vida en la cátedra de distintas universidades (la Católica la primera, la *Finis Terrae* al atardecer); en el Ministerio de Educación; en el servicio a la reconciliación entre los chilenos (Comisión Rettig); en la abogacía; en el acometimiento de grandes proyectos biográficos e históricos (que culminan, casi en su lecho de muerte, con

¹ De “Palabras del Padre Hurtado”, selección del P. Miguel Ortega (Fundación Padre Hurtado, 3ª edición, 2011).

Chile cinco siglos de Historia. Desde los primeros pobladores prehispánicos hasta el año 2006); y señaladamente en su pluma periodística, que hace de él un divulgador sin igual de la historia en la hora en que sistemática e ideológicamente se vapulea la verdad y se trata de apagar la memoria.

En el arranque, nuestras raíces: Pedro de Valdivia o la “sangre del padre”; los araucanos, “nuestros antepasados maternos”, de cuya trascendencia y grandeza nos falta mucho por conocer, afirmará.

Punto importante, que subrayan de manera especial los autores, es el de Gonzalo Vial como historiador orgánico, que hace de la cuestión del *consenso* un signo interpretativo de la historia, muy superior al estadístico u otros. “El consenso, para Vial, es lo que hace marchar a un país, el ‘proyecto’ alrededor del cual se unifican y canalizan las energías nacionales”, cuya fragilidad observa ya con gran preocupación iniciado el tercer milenio, cuando anuncia a voces una severa “fracturación” del cuerpo social. Vial ve venir la crisis, dicen los autores, y da continuamente avisos de la urgencia en atenderla, la social antes que la siempre tan nombrada crisis económica.²

Un papel esencial en esta “fracturación” ha tenido la destrucción de la familia,³ desde lo alto del Estado, a través la *dictadura de la antinatalidad* y de la *ideología del divorcio*, a lo que ha seguido como reguero y luego como catarata

² “... esta falta de consenso en lo social es la grave amenaza que se cierne sobre nuestro país” (Entrevista con Patricia Arancibia para revista *Capital*, año 2007)

³ “La familia de Libreta, la familia civil (católica o no), fue una estructura jurídica, creación laica, radical, arreligiosa y de progreso cívico que, desde fines del siglo XIX, generó un gran avance en nuestra sociedad y que originó una parte importante de la clase media. Han bastado menos de veinte años de progresismo para aniquilar esa institución y sus frutos” (La Segunda, 29 Julio 2008).

todo lo que se quiera, hasta el matrimonio igualitario, el aborto –muerte y destrucción de la madre- y la eutanasia. “La cultura ha tomado su lugar en el progresismo liberal. Su credo es lo transgresor. El reparo, o la crítica a cualquier transgresión está prohibida...”, se expresa aquí, resumiendo la dolida protesta de Vial. Lo que se ve en las pantallas de Televisión, que llega a todos los hogares más humildes, es la expresión más acabada del “capitalismo salvaje”, señala el biografiado. Esta Modernidad o Posmodernidad -cuyo costo puede ser llevadero para los acomodados- es, por su parte, humanamente lacerante en los desposeídos: el sexo fácil (llamado de “sin complejos” por los privilegiados) es Sida entre los pobres, prostitución infantil y juvenil, tráfico de mujeres y de menores (pedofilia), pornografía, embarazo adolescente, droga blanda que lleva a la “dura” y al narcotráfico. El que no emerja quien pueda responder hoy de eso, es la verdadera causa de lo que nos acontece entrada la tercera década del nuevo milenio. Al completo apagón cultural sigue la hecatombe moral.⁴ Los ejemplos que pone a luz Gonzalo Vial en las páginas de “La Segunda” son escalofriantes y denunciarlos, como lo hace su pluma, supone *espíritu profético*.

La suma de equívocos en que se incurrió e incurre en materia de educación, le lleva a hablar del verdadero *Leviatán* que la paraliza. Este tema -que visualizamos como el “tesoro escondido” de la familia Vial- habrá sido puesto en acción y explicado *ex abundantia cordis*, incontables veces por Gonzalo Vial y su mujer, Luisa. Lo dicho por ellos merece hasta hoy la mayor atención de los especialistas. ¿Por qué no se ha doblegado al Leviatán con tan claros argumentos y experiencias, incluidas las de nuestra historia pasada, que Vial ha recordado?

⁴ Algunas de las cifras que Vial enrostra: en 1990 el 34% de los nacimientos se producían fuera del matrimonio; hoy superan el 75%. En los años noventa el 30% provenían de madres adolescentes; hoy más del 70%. Los casos anuales de SIDA se han multiplicado por cinco y más desde 1990.

Probablemente incida en esto lo mismo que vemos hoy en tantas y variadas situaciones. ¿Por qué parlamentarios católicos proponen el divorcio?; ¿por qué miembros del partido fundado por un destacado líder católico aprueban la ideología de género?: también Herodes admiraba a Juan Bautista y lo escuchaba, pero pudo más la vanidad y el no quedar mal ante los poderosos que le rodeaban, que negarse a entregar su cabeza. Asimismo sucede en el ambiente cultural predominante, donde proliferan cifras y palabras al aire, pero donde no parece fácil que los principios logren llegar al corazón, allí donde se toman las verdaderas decisiones. El *cor ad cor loquitur*⁵ era, en cambio, una realidad que acicateaba el alma de Vial.

Habiendo aceptado al Presidente Patricio Aylwin formar parte de la Comisión Rettig que buscó resolver el problema de los detenidos-desaparecidos, destacando siempre en ella la solvencia de su personalidad y trabajo⁶, todo lo que se trae a la memoria en este libro sobre el período del gobierno militar, que escribió y dijo Gonzalo Vial –origen y consecuencias incluidos- debe asimismo leerse con atención y apertura hacia la palabra de un hombre íntegro y prudente, amén de todas sus cualidades intelectuales y profesionales.

El concepto *vida buena*, heredado de los clásicos y asumido por él muy de la mano del humanismo cristiano y de la doctrina social de la Iglesia, bien

⁵ “Cor ad cor loquitur” (“El corazón habla al corazón”) es el motu del escudo cardenalicio de San John Henry Newman.

⁶ José Zalaquett, ex abogado de la Vicaría de la Solidaridad que también formó parte de la “Comisión Rettig”, escribió sobre Gonzalo Vial a su muerte: “Era de las pocas personas que he conocido que pensaba, decía y hacía de la misma manera, era consecuente consigo mismo... Consideraba que el gobierno militar tuvo un origen legítimo, pero había cometido hechos ilegítimos. Su rectitud y su trabajo lo convirtieron en un referente y le dio credibilidad al informe... Siempre esquivó las candilejas de la prensa. No buscó la popularidad fácil”.

conocida por Gonzalo Vial, atraviesa las páginas de toda su biografía. Constituye la antítesis de la *violencia* que se ha instalado por doquier –primero interior, luego exterior- consecuencia última, juzga, de haberse “roto el derecho a la vida buena” (fenómeno por cierto no exclusivo de Chile). La primera proviene del “vive como quieras”, la segunda de la *fractura* del consenso social. Una especial atención merece aquí, en el orden de las causas, el vilipendio de la *honra*, que Vial defiende con bravura como el *primero entre todos los derechos sociales*, desafiado por el completo desborde de una libertad mal comprendida, maledicente e injuriosa. Es el “yoísmo” ilimitado del *hombre nuevo*, a quien la *vida buena* crispera y ofende, en la vaciedad de su narcisismo.⁷

Si Gonzalo Vial Correa estuviese hasta hoy entre nosotros, a pesar de la edad que hubiese alcanzado, habría sobrevivido los últimos recientes tres años en Chile igual que el mejor de los patriotas durante los años de la Reconquista (1814-1817). A ello es justo agregar, con todo, que el legado de su palabra veraz -sin concesiones a lo que ha venido llamándose “autocancelación”- fue en realidad alimento durante la crisis histórica del pasado trienio (2019- 2022) para muchos, jóvenes y viejos.

Su alegría por un Chile que, superando todo pronóstico, libró hoy de un corsé político y jurídico que quiso implantársele y mostró al mundo ser todavía

⁷ El actual *hombre nuevo* es, según Vial, un hombre corrompido. Su reciente apertura pluralista no es nueva, pues ha surgido varias veces en la historia (en la Roma decadente, en la Francia libertina, en la República de Weimar y así en otros momentos). Es “el hombre sin amores, sin héroes, ni ejemplos, ni deberes, ni vallas, ni respeto por nada ni por nadie (...) sin ningún prójimo al cual sea inconcebible pisotear, si ello le trae beneficios.” Verdadero *Neandertal Posmoderno*, lo llama (cf. La Segunda 8 de octubre 2002).

una sociedad viva⁸, habría colmado su amor a la patria y estimulado, de cara al futuro, su gran inteligencia, excepcionalmente intuitiva y creativa.

Jaime Antúnez Aldunate

Presidente de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, del Instituto de Chile

⁸ “La historia del país aparentemente se desarrolla en una especie de corsé político-jurídico, pero por debajo está la sociedad”. (“Cita con la Historia”, entrevista con Patricia Arancibia, noviembre 2009).